

IV

El camino hacia la angustia, ¿para qué retomarlo? Me imagino a Semis, en esos momentos de contemplación de “cavernícola *zen*,” reviviendo esa última jugada que hizo con la camiseta negruzquiblanco (una oficial). Minuto ciento veintiuno. Penales. Iban cero a cero: hasta minuto ciento diez, cuando Deulandia metió un gol por entre las piernas de un defensor nuestro, apenas rozando luego los dedos del guante del archero negruzquiblanco. El defensor, su castración evidente en su rostro, fue la víctima de mucha burla *online* por mucho tiempo después—esa imagen de total sorpresa, como una máscara tapando el cansancio de jugar con doscientos por ciento de garra por unos ciento y pico de minutos en una final de la copa mundial. Luego, pobre, nuestro arquero no pudo levantarse hasta mucho tiempo más tarde al gol que desequilibra el empate tenso entre los dos países; lo que ayudo malgastar cinco de los diez minutos que quedaban del partido aparentemente perdido.

Recuerdo bien, aunque pocos se ponen de acuerdo conmigo hasta que les muestro el *clip* en la cual el único jugador que lo fue a ayudar a levantar a nuestro caído arquero fue Semis. Sí, Semis; el capitán, como corresponde, pero se sabe que lo hubiera correspondido a cualquier jugador de la negruzquiblanco. Y cuando nadie del equipo, ni el defensor humillado, ni nadie, fue a ayudar a levantar al arquero de su vergüenza, ahí se materializó la quiebra fatal de nuestra selección nacional. Los médicos vinieron, examinaron al pobre arquero, y dedujeron que el partido pudiera continuar; los de Deulandia con su gol bien cobrado, y nuestro equipo hecho pedazos. Que nadie se acuerde de que Semis ayudo a nuestro arquero no molesta. Sobre los próximos, vale, los últimos, minutos ahí sí estamos todos de acuerdo.

Quedaban dos minutos, por ser preciso, con un par más de tiempo extra. Semis, líder, con el pie firme sobre la pelota, y el número 11, su más fiel compañero de lado derecho—y los deulandeses, borrachos con su gol, con su asegurada ganancia, con su autoestima masturbada, esperando a que Semis acabe el partido de una vez y por toda—empiezan. Semis se la pasa al 11, que de inmediato se lo devuelve a Semis. Semis cursa por la izquierda de la cancha, la movida más segura, mientras tanto los delanteros deulandeses, atacados por sorpresa, se tropiezan uno tras otro, y en tanto mandan cuatro mediocampistas de prisa hacia adelante. Un error que Semis aprovecha rápidamente. Como un relámpago, él supera los delanteros y los mediocampistas, con toda facilidad, cruzando uno, dos, tres, seis jugadores que habían perdido todo aguante en un pique prematuro para alcanzar a Semis; y ahí, sí ahí, quedando entre Semis y su meta, dos defensores y un tal Heinrich Van Herr, arquero infame de Deulandia. Sus dos-punto-dos metros de altura deberían de haber parecido doble para Semis en ese momento extático. El estadio estaba en bochínche, una clamorosos ruina, una mezcla de lenguas entre los dos país representados en la cancha, todos unidos en un solo grito de algarabías extraordinarias. Finalmente, con cada metro que lograba Semis eliminar entre la pelota y el arco, se aclaró un solo sonido, que aunque no llego a achicar al arquero deulandese un solo centímetro, por lo menos, se nota, le indujo un gramo de nervioso exaltación:

que técnicamente no deberían jugar más estos dos equipos. Pero el árbitro sabe que si no le deja a Semis patear el *free kick* se le pondrá encima todo el estadio. Entonces lo deja patear a Semis. (Interrumpo, por un momento el relato, para destacar este punto: No estoy de acuerdo con mis más cercanos amigos, fanáticos también de Semis, quien son de la opinión que ese tiro libre debería haber sido un penal. No fue penal, por la simple razón que a Semis lo plancharon a dos o tres largos metros de la caja. Pues, para mí esto es más grave todavía; por otra parte que Van Herr le hubiera pegado a Semis dentro de la caja no importa porque...). Como venía diciendo, después de un minuto, Semis se levanta, y con su equipo en pedazos, aun fugazmente reunidos por su líder caído, la cancha empieza a cantar en total armonía nuestro himno nacional. Es uno de los momentos más tiernos que he visto en todo mis años (y he vivido varios). Los deulandeses, en cambio, atacados por unos nervios inigualables, preparan una fila entre Semis y el arco. El nuevo arquero, un joven sin picante, de apenas veinticinco años, trata de disimular su preocupación. Pero no puede. Los temblores de su labio inferior son tan notables, que hasta Semis los nota desde su posición desventajosa tres metros afuera de la caja mayor del arco.

Semis manda un beso al estadio, otro a Dios, y con una patada de sorda, paff, mete otro gol.

Nunca vi a tantos hombres llorar como había visto en ese momento, más que en el himno nacional del minuto anterior. Así terminó el sobretiempo de la última final de la copa mundial—en empate; y al terminar, entró en su acto final: Los Penales.

De los penales del 2014, ya se sabe, fueron para los Deulandeses, destacado por el peor *miss* de la historia de los mundiales, el fracaso de Semis, quien no pudo traducir el ímpetu de su último gol a uno en penales. Donde también meter un gol hubiera valido la pena. Y pena, en seguida, lo hubo.

My father inspired me to like soccer. I could say he inspired me to love soccer, but I am old enough now to know no one can make you love someone or something. Another way to say it is: my father loves soccer and so do I, but because I want to. My father—though his passion for the sport sometimes overshadowing us, I fear—doesn't visit us too often these days. I understand why. Mama doesn't. Back when we were living in a small house outside of the Capital, all of us got along. My father, my mother, my three older sisters and I (me?). I don't remember my parents fighting back then, though, a lot of that part of my life I tend to forget anyway. It wasn't until we moved to the US, to Texas, that I clearly remember the start of my parents' arguing. My older sisters (they are all older) told me, before we were leaving for "America," that moving there would bring us six closer together. Then, when we actually moved to the United States (I keep writing United States, though what I mean to say is Texas; Texas, to me, is the furthest thing away from the United States, maybe more so than Canada, though I have never been to Canada) things didn't pan out like my sisters had said. We didn't come together; we fell apart. Because we had no cousins or aunts to spend holidays with, you would think we spent them closer as a nucleus (word from my Psychology class). But no. My family, that is, my parents and my sisters and I (me?) rarely spent time together. And that is around the time I remember the earliest fights between my

parents. First it started in the bedroom. My older sisters would tell me, “Lema, no seas chiquilina, no sabés nada de lo que hacen mamá y papá en su cuarto,” but I knew what they were doing wasn’t what I wasn’t supposed to not know about yet...you know...but my parents weren’t doing it behind the closed doors. I might have thought it for a minute after my sisters ordered me to stop putting my ear to our parent’s bedroom door at night, but after about a year, the same angry yelling began popping up in other rooms of the house. In the kitchen, in the living room, and even in the backyard during my birthday party. I will never forget the most awkward birthday party of my whole life—not that I’ve loved that long, but I’ve had enough birthday parties to know which ones sucked. It was my last birthday party. A handful of my friends (they were only a handful, so really, all of my friends) and I were in the backyard of my parent’s house in Houston. We had a piñata, a few salty snacks, and of course cumbia music. Somewhere between the candles, blowing them out, and opening the present my father had gotten me (a brand new world cup soccer ball), my parents went back inside the house. Part of me wishes my older sisters had been right, that all my parents were doing was satisfying their insatiable lust (another Psychology word) for each other in odd moments of the day. But no. Apparently the soccer ball had reminded my mother of why she despised my father, despised the sport, despised the world. And so she took it out on papá. That was how my birthday, and my parent’s marriage, ended. Candle wax pooling over the *tres leches* cake, no one eating it, no one having fun.

My family and I moved back to our country, so my parents could finalize their divorce. And everyone blames someone else for it, except me. I blame myself.